

través de aires ajenos, y retorna a beber en la fuente originaria. A tenor de cuanto decimos, en *Preparativos para un viaje* se translucen anhelos y esperanzas ante la llamada del futuro que aguarda, pero a la vez se rinde tributo al germen troncal de los antepasados, además de plasmar las soledades, amores, cansancios, desencuentros y perplejidades del presente.

Pero entre los subtemas del poemario acaso llama la atención el del amor a la naturaleza, a veces expresado en términos de intercambiabilidad entre el yo lírico y el orbe vegetal o el de los animales, ámbito este último que ocasiona poemas plenos de ternura («Pequeños lloros») y de dolor («National Geographic», «Los armarios son lugares mágicos»). El erotismo es también pretexto reiterado en *Preparativos para un viaje*, donde el asunto del beso comparece bastantes veces, quizás a vueltas del aura de romanticismo que se respira en las relaciones amorosas que se registran en no pocos textos.

*Preparativos para un viaje* no sólo traduce el crecer personal del yo, sino el crecimiento literario de una poeta de grandes cualidades artísticas. Libro integrado por 33 poemas, varios de ellos se subdividen en partes o fragmentos, así «El primer día», «Desamor», «Atardecer en un polder», «Nacimiento», «Oxford» y «En Westerbork». Ana Merino acude al verso largo de más de veinte sílabas, como en «Pequeños lloros», y se vale igualmente de versos muy cortos, como en «Yo estuve allí», aunque por lo común su métrica se mantiene equidistante de ambos lindes.

El dominio del lenguaje que la autora demuestra en este libro resulta muy notable, y no menos dignas de aprecio son sus estrategias retóricas, bien perceptibles en poemas como la serie tripartita «Desamor». En diferentes composiciones se apoya Ana Merino en la expresión de carácter surreal, no sin incidir en algún caso en imágenes tremendistas, así en el poema «En Westerbork», donde leemos: «Días de lluvia donde las estrellas vomitan recuerdos/ y las estaciones se cortan las venas». La plasticidad y la belleza de las imágenes son también rasgos que se hallan en *Preparativos para un viaje*, un libro transido de ensoñaciones que sumergen al lector en ámbitos poéticos de mágica evanescencia e irrealidad, y en el que se hallan creaciones tan logradas como «Estatua de jardín»:

Me salieron gorriones en las manos  
y tuve el volar entre las venas.  
Crecieron arañas en mi vientre  
y quise olvidar que era de piedra.

José María BALCELLS

GARCÍA, Carlos Javier. *La invención del grupo leonés. Estudio y entrevistas*. Madrid: Júcar, 1995, 106 pp.

En su estudio *La invención del grupo leonés*, el profesor Carlos Javier García ha realizado una breve y valiosa contribución a muchos de los interrogantes que cabe plantearse acerca de la agrupación de escritores merced a criterios de índole referencial como los de la geografía y de la cultura más o menos nacionalista que se haya podido generar en un espacio determinado. Los problemas que en el libro se abordan inciden

en fibras humanas muy sensibles, no exentas a veces de contaminación demagógica, y no resulta cómodo avanzar a través de ellos, porque se requiere mucha preparación crítica para acompañar a la voluntad de «desfacer» los entuertos del confusionismo que se enredan en estos casos. Adelantemos, sin embargo, que el profesor García ha salido bien librado del envite.

La agrupación literaria concreta acerca de la cual se discurre en la obra la forman los cinco autores siguientes: Antonio Pereira, Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez, José María Merino y Julio Llamazares. Pues bien: la cuestión de partida que plantea el profesor García estriba en preguntarse si adoptar la noción de grupo enseña algo acerca de la literatura de tales autores, es decir si ayuda a la inteligibilidad de sus creaciones respectivas, o si se trata solo, por el contrario, de un concepto que no rebasa la esfera biográfica, y ha de circunscribirse a los parámetros de la sociocrítica.

Quienes creen admisible el marbete «grupo leonés» aducen opiniones diversas, y no únicamente de carácter topográfico y cultural, sino también de naturaleza literaria, ya que no falta quien señala coincidencias formales entre los escritores mencionados. No obstante, son esos parecidos los que primero desestima Carlos Javier García, pues no los tienen en exclusiva los antedichos autores, sino que los comparten con otros nacidos en latitudes distintas, de suerte que, más que un engarce territorial, las semejanzas revelan la supraterritorialidad literaria, la universalidad si se quiere, de los mismos. Añade García que sustentar las agrupaciones en los espacios geográficos, y por ende en el regionalismo u nacionalismo subsiguientes, obedece a una escuela decimonónica que traduce intereses espúreos a la literatura, ya que esos intereses acostumbran a primar la defensa de lo local sobre la intelección de lo literario, y acostumbran igualmente a unir a los creadores en base a sentimientos compartidos de empatía hacia la tierra que apenas aportan algo al conocimiento de las obras literarias como tales.

Más interesante por más amplia, al entender del profesor García, es la tesis de Germán Gullón (en el artículo de 1987 «El novelista como fabulador de la realidad: Mayoral, Merino y Guelbenzu») que hace girar las vinculaciones entre los escritores no en el seno de un encuadre administrativo y político, por ejemplo la actual provincia leonesa, sino en el ámbito del noroeste peninsular, de suerte que, a los escritores del supuesto «grupo leonés», se añadirían Marina Mayoral, José María Guelbenzu y Juan Benet, todos ellos relacionables por afinidades que rebasan las fronteras provinciales. La valfa de esta propuesta radica justamente en que prescinde de la comodidad de hermanar a los autores nacidos en la provincia de León por el hecho circunstancial de su origen, y se obliga a apoyarse en los textos para la búsqueda de similitudes, similitudes que vendrían dadas por la propensión a lo fantástico, legendario, mítico, curioso, inaudito e inesperado. La finalidad de esas decantaciones no sería otro que el de ensanchar el sistema de valores establecido, superando el sentido común más perentorio de la vida cotidiana, y de la conducta burguesa.

Pero retomemos el hilo de la etiqueta «grupo leonés», grupo cuyo ligamen clave sería la referencia al espacio de León, tanto el relativo a la capital cuanto el relativo a la provincia. Al respecto, las reservas de Carlos Javier García estriban en recordarnos que la vertiente informativa de un texto de ficción es un factor secundario en la obra, e inclusive tales presuntas informaciones resultan más bien ilusorias, dado que son fruto de la creación literaria, en la que no cabe invocar, en rigor, las categorías de

verdad o de falsedad referenciales. De ahí se deriva que asociar a determinados escritores en virtud de referencialidades compartidas implica anteponer esos componentes textuales a otros muchos literariamente más importantes, como son los vectores compositivos, en los que las convenciones técnicas son significativamente más decisivas que las alusiones al entorno.

De lo que antecede no cabe desprender que en *La invención del grupo leonés* se desdeñen aproximaciones predominantemente referencialistas al texto literario, las cuales pueden ser utilísimas -añadimos nosotros- si tenemos en cuenta monografías como la de José Enrique Martínez que lleva por título *La ciudad inventada*, y que se publicó en 1994. Pero hay que insistir en que en la crítica y en el análisis literarios debe privilegiarse el entramado constructivo de la escritura frente a la función verosimilizador de los lugares que el autor haya podido inculcar a su lenguaje. Es curioso, por lo demás, que la verosimilitud referencial que algunos otorgan a varios autores leoneses resulta muy discutible, porque, a vueltas de unas referencias topográficas fidedignas, el universo literario que leemos está desrealizado y sus perfiles son borrosos. Finalmente, nos pone García sobre aviso que un parentesco cultural reducido a la provincia puede producir el lastre de que se tienda a etiquetar a los autores solo como oriundos de una zona geográfica cualquiera, lo cual puede hacer difícil situarlos en otros contextos literarios más generales.

La última parte del libro de Carlos Javier García comprende sendas entrevistas a los escritores Antonio Pereira, Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio y José María Merino, los cuales contestaron a un cuestionario relacionado con el concepto «grupo leonés». No lo hizo, en cambio, Julio Llamazares, de quien el autor del estudio sintetiza su opinión sobre el asunto a partir de una conversación informal. Si se leen los puntos de vista de los cinco autores, se observa la conciencia que todos ellos tienen del reduccionismo que comporta encasillarlos en la referida agrupación. Acto seguido, esigamos algunas de las reflexiones *ad hoc* más contundentes.

Carlos Javier García reproduce el pensamiento de Julio Llamazares de este modo: «No concede crédito a la agrupación en cuanto tal, por lo que tiene de parcial representación de los escritores de una u otra manera vinculados a León, con cuya provincia se encuentra ligado un insólito número de escritores. Y es precisamente este hecho insólito el que -según él- ha dado lugar a designaciones nominales inscritas en el chismorreo y propias de mentideros, pues en ellas se aprecian connotaciones negativas que ponen en entredicho el valor del escritor personal si sus credenciales le presentan vinculado a León». A su vez, Luis Mateo Díez siente que un hipotético canon de literatura leonesa «sería un disparate y la parcelación regionalista para los estudios literarios un absurdo. Hay que ir de lo particular a lo universal, pero lo particular en sí mismo vale de bien poco. Conviene hablar de literatura española, o de literatura escrita en esta hermosa lengua, compaginada con la que está escrita en otras. Bajar más peldaños es hacer el ridículo y, además, como estructura de estudio no vale para nada».

José María BALCELLS